

*De lo que le
contesçio a un
mançebo que casó
con una muger muy
fuerte et muy brava*

Juan Carlos Pereletegui



Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, et díxole:

—Patronio, uno de mis vasallos me ha dicho que le están arreglando casamiento con una mujer muy rica y de más alcurnia que él, y que es un casamiento muy bueno para él, si no fuera por un embargo que hay y el embargo es este: díjome que le habían dicho que aquella mujer era la cosa más fuerte y más brava del mundo. Y ahora te ruego que me aconsejes si le mandaré que case con aquella mujer, a sabiendas de cómo es, o si le mandaré que no lo haga.

—Señor conde —dijo Patronio—, si él fuera tal como fue un hijo de un hombre bueno, que era moro, aconsejadle que case con ella, mas si no fuera tal, no se lo aconsejéis.

El conde rogole que le dijese como fue aquello.

Patronio le dijo que en un pueblo había un hombre bueno que tenía un hijo, el mejor mozo que pudiera un padre tener, pero que no era lo suficientemente rico para acometer todas las empresas a las que su ambición le empujaba. Viendo el hijo que no le quedaban más alternativas que malvivir de la mísera renta que su padre había de dejarle, o bien partir lejos en busca de fortuna, pensó en la hija de su rico vecino que por su bravura y mal carácter nadie quería desposar, pese a las notables riquezas de las que había de dotarla su padre.

Así que fue el hijo a su padre y le expuso con detalle sus cavilaciones a lo que el padre, sorprendido y temeroso, respondió que de ninguna manera consentiría que su hijo arruinara su vida en tan desgraciado casamiento. Que no había hombre, por pobre que fuese que accediera a semejante condena de por vida. Pero tanto insistió el hijo y tantas y tan buenas razones le arrimó, que el padre no pudo por menos que satisfacerle y hablar del casamiento con su rico vecino. Escuchar este la tal propuesta y palidecer y romper en llanto, fue todo uno, pues conocía al mozo desde bien chico y ningún mal le deseaba tan malo como el que había de acaecerle de convertirse en yerno suyo. Mas, tras escuchar el empeño e insistencia con que el padre habló de la determinación de su hijo, no pudo si no acceder al casamiento.

Una vez convenidas todas las cosas que son de menester en tales negocios, contrajo nupcias la pareja y la noche de la boda, como era tradicional en aquella tierra, después de servirles la cena en el patio de la que había de ser su casa, todos los amigos y familiares se retiraron, pues era la costumbre que los novios cenaran en la intimidad aquella su primera

noche, mas iban todos los amigos del buen mozo y los familiares, recelosos, temiendo encontrarlo a la mañana siguiente maltrecho e incluso muerto.

Una vez que quedaron solos, los novios tomaron asiento a la mesa lujosamente preparada. La mujer aguardaba en silencio la primera palabra de su marido y si quienes la conocían la hubieran visto en el tal trance, no hubieran tenido duda alguna de que se avecinaba nublado y aun tronada.

El mozo paseó la vista por la redolada, ignorando a su esposa, hasta que reparó en el viejo sabueso de su padre que rosigaba un hueso en un rincón del patio y tomando una piedra de las muchas que había en el suelo, se la lanzó al can, con tanta rabia como tino, al tiempo que le ordenaba rúdamente:

—¡Perro, danos agua a las manos!

El sabueso recibió todo el cantazo en el hocico y aulló lastimeramente, ignorando, como cabía esperar, la orden de su amo. Este mostró enorme furia ante la desobediencia, púsose en pie con brusquedad, derribando la silla y haciendo temblar los cacharros sobre la mesa, con tanta violencia que una boteja vino a tierra, haciéndose añicos. A grandes trancos se dirigió hacia el perro, sin dejar de lanzarle piedras, a la par que le recriminaba con palabras crueles su rebeldía. En llegar a su alcance, le largo una patada, a lo cual el pobre animal, que había servido en la casa durante numerosos años y ya estaba muy viejo y jamas había recibido violencia alguna, no supo sino enroscarse, escondiendo el hocico entre sus cuartos traseros.

El mozo, terriblemente exaltado, prosiguió dando puntapiés y pisotones; la sangre del desgraciado perro no tardó en manchar la punta herrada de las botas y aun las medias y el jubón recibieron lo suyo, de tan recio que el mozo pateaba al pobre animal. No atajó la faena hasta que le faltó el aliento por el esfuerzo, y entonces paró y contempló, entre jadeos, la masa de piel y huesos en que se había tornado el fiel sabueso de su padre.

Volvió a la mesa, incorporó la silla, sirviose una gran copa de vino que vació de un trago y de nuevo midió el patio con la mirada, ignorando a su esposa, tal y como había hecho antes. En estas acertó a cruzar por allí mismo un gran gato gris. Al mozo se le había subido rápidamente el vino a la cabeza, tenía torva la faz e inyectados los ojos en sangre. Al ver al gato, le gritó como antes al sabueso:

—¡Gato, danos agua a las manos!

El gran gato gris detuvo su caminar majestuoso, dejando en el aire una de las patas delanteras, volvió la cabeza tal que si hubiera escuchado, y aun entendido, al mozo y le sonrió, una sonrisa enorme, llena de dientes, al tiempo que derramaba sobre él una mirada burlona.

No conocía yo que los gatos rieran pensó para sí el mozo. A fuer de pensar, diría yo que nunca vi a uno hacerlo, al menos no con tan enorme sonrisa como luce este.

Como quiera que el gato parecía haberse quedado petrificado en aquella postura, exaltose de nuevo el mozo, y se fue hacia él, no sin antes tomar de la mesa el gran cuchillo de trinchar.

—¡Estate ahí, siervo perezoso y holgazán! ¿Para qué quiero un gato, si no es capaz de atender ni la más insignificante de mis demandas?

Llegado había donde el gato y se disponía a destriparlo de un solo tajo, cuando el cuerpo de este comenzó a perder sustancia y a volverse transparente hasta que sólo fue visible la cabeza, mas, aun esta acabó por palidecer y sólo quedó, flotando en el aire, la sonrisa aquella, enorme y llena de dientes. El mozo pensó por un instante que era víctima de algún conjuro o quizá del mal de ojo arrojado por un vecino envidioso, pero no tuvo mucho tiempo de pensar en ello pues sintió que el suelo se abría a sus pies y caía en un pozo de infinita negrura, si bien lo hacía lentamente, como si flotara. Entorpecido por el susto y la sorpresa, no fue capaz de pronunciar palabra ni de hacer movimiento alguno, tampoco al aparecer el gato junto a su rostro, mirándole con esa sonrisa infinita y esos ojos burlones. El gato levantó la pata y alzó la cabeza, indicándole a su espalda. Volvió la cara el mozo y vio una extraña escena en la que un hombre maduro consolaba afectuosamente a una mujer, su esposa sin duda, la cual lloraba, destrozada de pena y tristeza, junto al lecho de una bella doncella exánime. El rostro del hombre parecía tallado en piedra, de tanto dolor que le retorció las entrañas y que él retenía para mejor animar y consolar a su esposa. El mozo sintió un terrible escalofrío al reconocerse en aquellas facciones mas no le dio tiempo a pensar en ello. Se hizo la negrura, prontamente seguida de una nueva escena. Era la misma mujer de antes, que convertida en anciana, velaba solícita el lecho en el que un viejo pasaba, con su consuelo, por el último trance. También esta vez reconocióse el mozo en el rostro del moribundo, y sintió que la sangre le faltaba a los miembros y a la cara. Tornó a mirar al gato, en de-

manda de explicación, pero este había vuelto a desaparecer y sólo quedaba la sonrisa, llena de grandes dientes blancos, brillando en la negrura. Al instante esta se aclaró y de nuevo se halló en el patio de la casa. No había rastro del gato por ningún lado; dio unos pasos confuso y avergonzado, sintiendo la mirada sorprendida de su esposa. Sin saber muy bien lo que había ocurrido ni lo que ella podía haber visto o imaginado, el mozo sacó bríos para continuar con su bien trazado plan. Y así, viendo que su caballo asomaba la cabeza por el portal de la cuadra, lanzó el cuchillo de trinchar con tanta rabia que vino a clavarse en el marco. Allí quedó cimbreado, al tiempo que el mozo se acercaba al penco entre grandes voces y alaridos.

—¡Caballo, danos agua a las manos!

Respondióle el caballo con un relincho largo y prolongado, que al mozo le sonó zumbón.

—¡Oíste, caballo! ¿Qué ocurre? ¿Por qué no obedeces?

Llegose a la puerta de la cuadra, tomó una gran jada que allí había, y de primeras soltó un fuerte golpe contra el portalón de madera, con intención de espantar al animal, más este, lejos de inmutarse, miró con desprecio al mozo y le reprendió:

—¡Sucio e inmundo yahoo!, no he conocido yo a los gigantes de Brobdingnag, ni he morado con los diminutos liliputienses, para que un miserable animal, un bárbaro yahoo, por su natural el último y más despreciable de los seres creados, ose golpearme.

»Ya es bastante triste para un houyhnhnm, al que la fortuna ha dejado varado en estas tierras barbaras, tener que ganarse un puñado de avena con duros trabajos, indignos de su naturaleza superior, pero soportar además, violencia y crueldad, ¡no!

Allí quedó el mozo pasmado, con la jada medio arbolada, diciéndose así mismo que el casamiento le había enfriado los sesos, pues juraría que había oído al caballo hablar. Sacudió la cabeza con ímpetu, para espantar malos pensamientos y alzó de nuevo la jada, pero inmediatamente el caballo le afeó el gesto.

—¿Insistes en tu empeño, maldito bellaco? ¿No ha sido suficiente lección la que te ha dado el noble gato de Cheshire? ¿No entiendes aún que la saña y la vileza no son buenas compañeras en el viaje de la vida?

—¿Qué quieres decir? —el mozo se mordió la lengua con tanta fuerza, que la boca se le llenó del sabor salado de la sangre, pero ya no había remedio, le había contestado al caballo.

El houyhnhnm relinchó con burlona satisfacción y se explicó con voz llena de silbidos y agudos.

—¿En qué empeño andas, bellaco, que tan malamente has tratado al pobre perro, que ningún mal te había hecho? ¡Antes bien! Había asistido a tu padre con lealtad y devoción, hasta que la edad lo consumió.

—Vos no lo entendéis señor caballo...

—¡Houyhnhnm, si no os importa!, ya que parece que os avenís a reconocer mi calidad.

El mozo intentó pronunciar aquel nombre imposible y la lengua se le enredó de tal manera que de sus labios sólo salió un relincho de macho agonizante.

—Disculpad si no sé pronunciar mejor vuestro nombre —se excusó—. Como os iba diciendo, si me he comportado tan cruelmente con el perro, no es por maldad, sino porque ando necesitado de demostrar a esta brava hembra con la que he desposado, que no he de tolerar otra cosa que el completo y total sometimiento, pues si no le meto el miedo en el cuerpo al principio, será ella la ama de la hacienda y aún de mi vida y ya nunca podré ir con la cabeza alta.

El houyhnhnm torció los belfos de forma singular, enseñando toda la dentadura con evidente mofa.

—A lo que parece pues, no comprendiste nada de lo que el buen y noble gato de Cheshire te enseñó.

Mientras esto decía el houyhnhnm, junto a su cabeza vislumbrose una gran sonrisa, toda llena de blancos dientes. Poco después todo el gato era visible, flotando en el aire, desperezándose como si saliera de una siesta, al tiempo que se lamía las garras con desgana.

—Creo que nuestro amigo necesita otro paseo por los futuros posibles —comentó el houyhnhnm, sin dirigirse a nadie en especial.

Todavía con la jada en alto, el mozo se sintió de nuevo caer en la negrura y la nada. Flotaba en la oscuridad más absoluta, acompañado tan sólo por la enorme sonrisa del gato de Cheshire. En la negrura se repitió la escena anterior. La joven en su lecho de muerte, yerta y pálida. La madre, envuelta en severos lutos, derrumbada sobre el pecho de la niña, sollozaba en silencio y soledad. El mozo se percató, de que en esta ocasión

no estaba él presente para consolar su amargura. Más allá de la mujer, se vio a sí mismo, cargado de años, ahogando su pena en vino, en compañía de truhanes de dudosa catadura que halagaban sus oídos con palabras pegajosas. Muy a su pesar sintió el mozo cómo se teñían sus mejillas del rubor de la vergüenza. Se difuminó la escena, todo volvió a ser negrura, sonrisa y dientes, aunque no por mucho tiempo; un poco más allá, vióse de nuevo el mozo, no sin espanto, agonizante, pero ahora estaba solo, sin una mano amiga que le despidiera. Había pánico en la mirada apagada, levantaba los brazos sarmentosos implorando una palabra de cariño que hiciera más dulce la travesía, pero no había nadie para dársela. El cuerpo enjuto y consumido sufrió un último estertor, los dedos aferraron la cobija y el anciano expiró.

—¿Qué es esto? —exclamó el mozo—. ¿Dónde está ella? ¿Por qué he de morir en abandono, sin consuelo ni caridad?

La negrura se había disipado y estaba de nuevo ante el houyhnhnm.

—¿Qué amor puede quedar en esa mujer para acompañarte en tus últimos momentos? —La voz relinchante y aguda le golpeó físicamente—. ¡Pobre yahoo! ¿Esperas dominarla por el miedo y no por el amor? ¿Esperas que aquel sea más fuerte que este? Has amedrentado a esa mujer toda su vida, con tu teatralidad viril, la has abandonado en los más duros trances para esconder tu debilidad, te has privado, y le has privado a ella, de lo único amable que hay en este valle de lágrimas vuestro: una vida en compañía y afecto, un corazón amigo en el que encontrar consuelo y al que dedicar vuestros anhelos. ¿Todavía esperabas encontrarla en tu lecho de muerte? ¡Yahoo iluso y pependenciero! El cariño con cariño se consigue, no con maltrato, palabras duras y poses altaneras.

El houyhnhnm ablandó su tono y terminó de reconvenir al mozo con suavidad, casi afable.

—Has visto los dos caminos por los que tu vida puede transcurrir y es ahora, esta noche, cuando has de elegir. Luego ya no habrá vuelta a atrás. Ahora ve, que tu mujer aguarda.

El mozo, pensativo y cabizbajo regresó a la mesa; se sirvió vino de nuevo, pero lo bebió con lentitud, mientras intentaba ordenar las ideas en su cabeza. Su mujer, asustada por cómo había empezado la velada, guardaba silencio y discreción, pero viendo que su marido parecía más calmado, se llegó hasta él, provista de la jarra y la jofaina.

—No os violentéis mi señor, que no es menester, que yo os puedo dar agua a las manos, esta noche y todas las que sean necesarias, que no habréis de matar para ello perro, ni gato, ni caballo. Que tengo fama de brava, ibien lo sé!, mas quizá debierais pensar en como la gané, que de mí hablaron mucho y mal cuatro bribones malparidos que me querían ganar como se gana a una res, no a una esposa. Si os hacen justicia los que os conocen, sois vos hombre de buen carácter, esforzado y trabajador, ambicioso pero no soberbio y esa ambición, o mi dote, que lo mismo es, os ha aconsejado este casamiento, a pesar de mi fama.

»Yo no sé qué mal barrunto os dio al inicio de la velada, ni con qué ánimo deseáis enfrentar esta jornada que ahora emprendemos, pero habéis de saber que estoy dispuesta a pagaros con la misma moneda que vos pongáis sobre la mesa, sea cariño o tormento, lo mismo habéis de recibir de mí, en diez veces incrementado.

Calaban al mozo estas palabras mientras el agua chorreaba por sus manos y salpicaba en la jofaina. Terminó la mujer y se las secó luego con mucho mimo y cuidado, regresando a su lugar en la mesa. En esto levántose el mozo, tomó la jarra y la jofaina y con gran medida limpió y secó las manos de su esposa, mas no retornó a su puesto, pues les asaltó a ambos las ganas de hacer lo que entre esposos es de conveniencia y tan grato lo encontraron y en tan alta estima se tuvieron el uno al otro, que a ello se dieron con todo empeño y pasión por toda la noche y al venirse el alba cayeron rendidos sobre el lecho y sólo por entonces reinó el silencio en la casa.

Mas no fue por mucho tiempo, sino que pronto llegaron los familiares y amigos del mozo y sorprendidos de la quietud reinante temieron lo peor, y con el corazón compungido por la pena que se esperaban, traspusieron la portalada entre cuchicheos y alguna oración musitada. Como quiera que la mujer tenía el sueño más ligero, se percibió de su llegada y, abandonando presurosa el lecho, se fue hasta ellos.

—¡Silencio por favor! —rogoles con un murmullo—, que duerme mi amado esposo y no deseo que nada entorpezca su sueño.

—¿Pueden creer mis oídos lo que oyen? —preguntó a los presentes el padre de la novia—. ¿Es acaso esta la mujer que con tanta saña despedía, no ha mucho, a todos los que la pretendían?

—No te sorprendas tanto, padre —le respondió ella—, que ninguno se acercó a mí con nobleza en el corazón y respeto en la palabra, antes

bien, exigían sometimiento a cambio de aflicción. Si alguno me hubiera ofrecido cortesía y gentileza, como anoche hizo mi esposo, otro gallo le hubiera cantado.

»Ahora marchad todos, y tardad en volver, que me queda mucho que aprehender de él, y a él de mí.

Así pues, marcharon los deudos, tan sorprendidos y felices como temerosos habían llegado, y el más sorprendido de todos era el padre de la novia. Fue todo el camino hasta su hacienda cavilando y al llegar encontró a su mujer sentada en el patio de la casa, desplumando una gallina. La mujer siguió con su tarea sin mirarle siquiera, con mayor cuidado todavía por miedo a ser reprendida, pues al cabo de tantos años, en su propia casa sentíase más esclava y sierva, que esposa amada. La miró su esposo por un tiempo, continuando con sus cuitas, hasta que por fin se vino a ella, le apartó la gallina y las plumas y tomándola de las manos le habló:

— El sol brilla hoy con fuerza, después de tantos meses de invierno y parece que ya llega la primavera. ¿Querías esposa mía, dejar este trabajo que no es preciso ahora y pasear por la vera del río?

—A la fe, esposo mío —respondióle ella al cabo—, que es mucho el tiempo que os he servido, por temor que no por amor, llena de recelo y desasosiego; habéis sido amo, no apoyo ni consuelo y ya es pasada la hora en que eso pueda tener remedio.

Agachó la cabeza el suegro del mozo y envidió en silencio a su yerno.

Y vos, señor conde, aconsejadle a vuestro vasallo, que si casar quiere, no olvide nunca estas palabras que escuché de un sabio:

No quiere, quien le levanta
la mano a alguna mujer
que hacer daño a las personas
no es la esencia del querer.

Que no nos cuenten historias
que no vamos a creer
quien pega no ama, iseguroi
y muy cobarde ha de ser
para imponer a la fuerza
lo que en paz no sabe hacer.

Que nadie cierre los ojos,
nos tenemos que atrever
a hacer frente a la injusticia
del maltrato ies un deberi

No es más débil quien recibe
solo es de compadecer
porque ante la fuerza bruta
no se sabe defender.

Y algunos hombres aún piensan
como es mía, puedo hacer
aquello que me parezca
y a nadie le importa el qué.

Pero sí que nos importa
que ya basta de esconder
a ver si entre todos juntos
los podemos detener.

Levanta bien la cabeza
una y mil veces, mujer,

iiPersonas, somos personas
no cosas para romperii ¹

1 Autora del poema: Teresa Rubira